

ÍÑIGO DE LOYOLA. EL HOMBRE DE ARMAS (1491-1521)

Eduardo OSLE GUERENDIÁIN
dado.osle@telefonica.net

Conocemos la biografía de San Ignacio (1491-1556) por el relato autobiográfico que dictó a su compañero Gonçalves da Câmara entre 1553-1555, donde cuenta sus confidencias en su "Relato del Peregrino casi al término de su vida (31 de julio de 1556), donde no se contentará con realizar un repertorio de sus recuerdos, aceptará una relectura de su propia historia para descubrir los caminos por los que "el Señor le ha ido conduciendo" y junto a la correspondencia con sus compañeros, nos ha permitido conocer a este y cómo vivió las circunstancias históricas del momento.

SUS RAÍCES FAMILIARES Y SU NIÑEZ

Íñigo nació en 1491 entre Azpeitia-Azcoitia, en Guipúzcoa, en un mundo en plena transformación, de tránsito de una Europa medieval hacia otra renacentista donde el mundo ampliaba su horizonte con la América descubierta por Colón y las prácticas feudales daban paso a nuevos modelos mercantiles, políticos y sociales.

Era el menor de trece hermanos, ocho varones y cinco mujeres. Sus padres, Beltrán Yáñez de Oñaz y Marina Sáez de Licona, pertenecían a los llamados "parientes mayores". Era este una nobleza territorial propietaria de grandes territorios, que formaban en Guipúzcoa una clase privilegiada, poderosa y respetable, capaz de oponerse al rey, compuesta por dos clanes que rivalizaban por el control de la región: los gamboinos (aliados de los agramonteses) y los oñacinos (aliados de los beamonteses). Los Loyola estaban alineados con los Oñaz. En este ambiente que se crió nuestro Íñigo.

En la casa torre-familiar y, como maestro, un beneficiario, Íñigo aprendió a leer y escribir y algo de latín y gramática. Tenía una buena caligrafía.

Muy pronto se quedó sin padre, que moría el año 1506, y sin madre, al año siguiente, ocupando la esposa de su segundo hermano Martín, Magdalena de Aroz, el papel maternal que tanto ayudó a Íñigo.

No tenían títulos de nobleza pero sí poseían un cierto abolengo y aspiraciones lógicas a constituir un mayrazgo. Su padre había intentado conducirlo hacia la carrera eclesiástica, incluso, siendo aún niño, recibió la

tonsura y fue inscrito como futuro clérigo, pero entonces le fascinaba más la vida caballeresca de sus hermanos mayores.

Pero hacer carrera en la corte, ganarse los favores del rey, y de los grandes del reino, y conquistar la gloria militar era una perspectiva más interesante que las que ofrecía el mundo eclesiástico y además, los ejemplos abundaban en su familia, varios de sus hermanos se habían enrolado en expediciones armadas: Granada, Nápoles, América. Martín y su cuñada Magdalena de Aroz, cuidaron de la educación de Íñigo.

EL JOVEN ÍÑIGO: GENTILHOMBRE

Como era frecuente entre familias nobles, ser admitido como paje en casa de un noble en la corte, representaba un futuro más prometedor, y a la muerte de su padre, un amigo, Don Juan Velázquez de Cuéllar, contador mayor del rey, propuso acogerlo en su casa en Arévalo (Ávila) como paje, con techo y comida, ambiente familiar y una educación conforme a sus aspiraciones. Era el año 1506, y a Íñigo, con 15 años, la idea le pareció lo mejor para colmar sus ambiciones, fue acogido como a un hijo más y tratado con mucho cariño. Estuvo en su casa-palacio once años, casi toda su juventud, tiempo necesario para completar su educación de gentilhomme y absorber las costumbres de la corte, una vida fastuosa y llena de lujos.

Excelente bailarín y gran amante de la música, aprendió a tocar la viola y en los grandes torneos de caballería demostró una gran valentía, manejaba la espada con soltura y habilidad. Disponía de una biblioteca en el palacio y se entusiasmó leyendo Amadis de Gaula por las hazañas de los caballeros y sus romances.

No obstante, serán unos años turbulentos, marcados por los "desvíos propios de la juventud"... algunas historias sombrías de mujeres, y querellas liquidadas a golpe de espada. En una carta en la que recopila sus recuerdos del fundador, Diego Laínez (1512-1565), compañero íntimo y sucesor de Ignacio a la cabeza de la posterior Compañía de Jesús, afirma que "Ignacio tuvo que luchar y verse vencido por el vicio de la carne hasta el día en que hizo voto de castidad". Testigo de este periodo tormentoso



Casa-Torre de Loyola



Vittore Carpaccio, *Joven caballero en un paisaje*, ca. 1505.
Museo Thyssen-Bornemisza

es el juicio que tuvo lugar en Azpeitia por unos hechos acaecidos durante la noche del martes al Miércoles de Ceniza de 1515 (con 24 años) Íñigo y su hermano Pedro, se ven obligados a responder ante la justicia de varios delitos graves... la sentencia mencionará unos delitos muy graves cometidos de noche, con alevosía, y durante una emboscada. Huye a Pamplona para pedir protección al obispo aprovechando "su tonsura" Al juez Miguel Vemet, no le intimidan los privilegios eclesiásticos y por ello hará constar en el auto de la causa que "la manera de vivir de Íñigo estaba a mil leguas del estado clerical, y que sus costumbres eran altamente escandalosas". Lejos de llevar el hábito clerical y una tonsura decente, se paseaba siempre armado, con largo cabello hasta los hombros y vestido con trajes multicolores.

El pasado de Íñigo seguramente incomodó más a sus futuros compañeros que a él mismo, por lo que se esforzaron por ignorarlo. Para salvaguardar la imagen ideal del fundador, los primeros compañeros no dudaron incluso en censurar el relato de Gonçalves da Câmara a partir de 1553, donde Ignacio cuenta toda su vida y sus desvíos de juventud de una manera clara y precisa. Varios indicios confirman que el manuscrito fue cercenado con la finalidad que no hubiera contradicción con la nueva biografía oficial encargada a Pedro Ribadeneira (1526-1611, teólogo, filósofo, historiador) que en Roma conoció a Ignacio de Loyola e ingresó en el círculo de confianza. El manuscrito se perdería en el olvido en Roma, hasta que en 1731 se encontró por un grupo de jesuitas estudiosos de la vida de los santos, sin

una parte de su introducción y del capítulo en el que Ignacio evocaba su loca juventud.

"EL HOMBRE DE ARMAS". ÍÑIGO DE LOYOLA

Como se ha dicho, el 23 de enero de 1516 moría Fernando que dejó en el testamento a Germana de Foix los señoríos de Arévalo, Madrigal y Olmedo que el propio Carlos I confirmó desde Gante, cosa que indignó a Juan Velázquez que, estando en Madrid, salió corriendo a Arévalo donde convocó a sus vecinos para que se opusieran a tal decisión, incluso por la fuerza... El cardenal Cisneros ante la manifiesta falta de disposición de la población de Arévalo a acatar la real orden, recurrió a la fuerza de las armas y envió al alcalde Comejo al frente de las tropas para que sometiese a los rebeldes. Después de largo asedio, aunque parece ser que no hubo choque armado, se recurrió a las negociaciones que resultaron muy difíciles, hasta que Cisneros se comprometió a que, en un plazo breve las citadas villas serían reintegradas al realengo, Juan Velázquez de Cuéllar abandonó Arévalo para regresar a Madrid donde el 12 de agosto de 1517 le sorprendió la muerte cuando se encontraba "perseguido" por la reina viuda y repudiado por Cisneros.

La muerte de su protector, para Íñigo fue un golpe muy duro, una verdadera tragedia: el ambiente que le sostenía y la fuente de sus ingresos se desmoronaban también, comprometiendo su carrera y sus proyectos de futuro. La mediación y generosidad de María de Velasco, viuda del protector, le permitieron encontrar una salida. Gracias a sus consejos y a un generoso viático de 500 escudos y dos caballos, y con su oportuna carta de presentación al virrey de Navarra firmada por la propia María de Velasco, partió a ofrecer sus servicios a don Antonio Manrique de Lara, segundo duque de Nájera, tesorero mayor de Vizcaya y caballero del toisón de Oro, que fue designado por Cisneros para el cargo de virrey de Navarra, en sustitución del conde de Buendía, confiando en su capacidad para hacer frente a la defensa y seguridad del reino.

El duque lo acogió con simpatía, convencido de que el gentilhomme guipuzcoano, aliado de los Oñaz, le podría venir bien para ganar el favor de aquella tierra en la que él era capitán general. Íñigo tenía 26 años, la entrada al servicio del virrey de Navarra en 1517, marcará un cambio en su vida, empieza a llevar una vida más ordenada, observando la severa existencia de un gentilhomme deseoso de hacer carrera. Como miembro de la casa del duque de Nájera acompañará a su noble protector al encuentro con el joven rey Carlos I en Valladolid donde compareció ante la Cortes sin saber apenas el castellano con un séquito de nobles y clérigos flamencos y el recelo se extendió desde la élite al pueblo. Sin buscarlo Íñigo se halló en la rebelión de los comuneros (1520-1522). En este contexto, en la sublevación de la villa de Nájera contra su titular, participó en el sitio y rendición, pero sin contribuir al saqueo posterior de la villa. También el virrey le mandó a pacificar Guipúz-

coa, pero esta vez como negociador, para calmar las discordias, conduciendo con éxito dichas negociaciones que llevarían a buen puerto su misión.

Las revueltas de las Germanías y los Comuneros (entre 1519 y 1523), en Aragón y Castilla respectivamente, supusieron las primeras guerras civiles de la era moderna. Sus causas son diversas y aún hoy son objeto de debate.

Los acontecimientos vividos en Navarra, anteriores a su llegada, habían sido importantísimos, ya en 1512 se había producido la conquista de Navarra por Fernando el Católico, y el Reino de Navarra es incorporado de facto a la Corona de Castilla.

En marzo de 1516 se produjo el primer intento de reconquista por Juan III de Albret con un pequeño ejército se dirigió hacia Pamplona por Roncesvalles. Pronto chocó con la resistencia castellana de San Juan de Pie de Puerto, que le cerraba el paso. Juan III confió entonces a Pedro de Navarra, mariscal del Reino, el mando de una columna, desde Sauveterre para que invadiera el valle del Roncal y desbloqueara, por la retaguardia, el paso de Ibañeta. Esta incursión fue un fracaso, el levantamiento no fue masivo y el coronel Villalba, con refuerzos de Pamplona, había llegado a Roncesvalles antes y le esperaba en posición dominante. El mariscal se retiró a sus bases del Roncal perseguido por Villalba donde le infligió una derrota completa y les hizo prisionero. Juan III fracasaba en el cerco de San Juan y hubo de retirarse.

Pasados los años, hacia abril de 1520, Enrique de Albret fue reconocido legítimo heredero del condado y estaba dispuesto a recuperar el reino de Navarra con el secreto apoyo de Francisco I, rey de Francia, organizando una expedición destinada a tal fin. Las circunstancias no podían ser mejores. El rey Carlos I había dejado Castilla el 20 de mayo y los agramonteses volvieron a

plantear la idea de invadir Navarra. Al frente estaba su nuevo rey Enrique II de Albret, Carlos I ya había sido elegido *Rey de Romanos* como emperador Carlos V. El virrey, duque de Nájera, apenas disponía de fuerzas, pues las había tenido que mandar a Castilla a luchar a favor del nuevo rey en la guerra de las Comunidades. Sin embargo, conocía los planes del enemigo incluso que los comuneros habían negociado con los franceses para coordinar sus acciones y apoyarse mutuamente. Pero, a pesar de este entendimiento, la invasión llegó tarde, cuando las fuerzas comuneras ya habían sido derrotadas el 23 de abril de 1521 en Villalar, la invasión no se inició hasta el 10 de mayo de 1521. Al frente estaba Andrés de Foix con 12.000 hombres, mil jinetes y 29 cañones, diez de los cuales eran de gran calibre. Lograron tomar San Juan de Pie de Puerto, así como el resto de la Navarra Ultrapuertos. Al día siguiente ocuparon Roncesvalles, mientras los agramonteses sublevaban Olite, Tudela, Estella y otras plazas. Pamplona tampoco pudo resistir y el 19 de mayo se rindió, a excepción de su castillo nuevo, defendido por su capitán Francisco Herrera. Este nuevo castillo para la defensa de Pamplona se había comenzado a construir el año siguiente de la conquista de Navarra en 1512, por la urgencia de hacer una nueva fortaleza que asegurara la plaza. El castillo viejo había quedado inservible y se empleaba como lugar de adiestramiento de los soldados a las órdenes del coronel Villalba.

Se buscó el emplazamiento en una posición dominante y en el lugar elegido estaba el Monasterio de Santiago que era el convento de los dominicos y allí se comenzó con los primeros trabajos de planeamiento y se tuvo exhumar el cementerio conventual, cuyos restos, piadosamente recogidos (entre ellos los de los abuelos paternos de Francisco de Javier) fueron llevados a su nuevo destino. Del monasterio removido heredaría la



Vista del Castillo de Arévalo en la actualidad

Íñigo de Loyola 1521



Escena de la película "Ignacio de Loyola" (2016), dirigida por Paolo Dy y producida por la Jesuit Communications Foundation Philippness

fortificación la advocación de Santiago y la fortaleza tomó el nombre Fortaleza Mayor de Santiago, la obra duró siete años. Al crecer la fortaleza su planta cuadrangular dilató los campos de tiro y hubo que expropiar unas treinta casas del barrio de la Población que fueron demolidas. Además se aprovechó todo lo que fuese infraestructura utilizable del monasterio para estancias del castillo. Las obras fueron tan lentas que cuando la invasión en 1521 no estaban todavía finalizadas.

ÍÑIGO EN LA DEFENSA DE PAMPLONA

En 1521, con 30 años de edad, participó con las tropas castellanas en la defensa de Pamplona, que era atacada por el ejército francés, como ha quedado dicho. El 20 de mayo de 1521, lunes de Pentecostés, se produciría un giro repentino durante el sitio de Pamplona: una bala de cañón francés alcanza a Ignacio en las piernas. Nuestro protagonista era el alma de la defensa de la fortaleza. A la cabeza de unas tropas oñacinas de socorro, había llegado dos días antes junto a su hermano Martín, este e Íñigo se negó a dar media vuelta cuando, la ciudad hastiada por las luchas internas que parecían ganar los partidarios de los franceses, apoyados por los beamonteses que les había dado a entender que no deseaban sus servicios, Martín, disgustado, se vuelve, llevándose consigo a gran parte de los hombres. Ofendido Ignacio estimó que sería una vergüenza si él se fuera y movido por su gran valentía y su ambición de gloria dejó que su hermano se fuera y entró en Pamplona con un grupo pequeño de soldados. El virrey de Navarra, dejando como lugarteniente a don Pedro Belmont, había salido de Navarra en busca de tropas de socorro, Ignacio se encerró en el castillo, absolutamente decidido a defenderlo hasta la muerte, recorde-

mos que Pamplona se había rendido el 19 de mayo, pero a pesar de la falta de motivación de los defensores, que tan solo hablaban de rendirse, el castillo seguía defendido por una escasa guarnición y pocos cañones. Para él estaba clarísimo: vencer o morir por el rey, el honor y la gloria. Así obstruyó las negociaciones que el alcalde del castillo Miguel de Herrera había entablado con los franceses esperando llegar a un acuerdo honorable... Su obstinación y valentía fueron más fuertes que el pesimismo de los defensores pero el fuego artillero de los franceses pudo con su bravura cayendo gravemente herido en la pierna, la derecha rota por varios sitios y la izquierda con muy mala herida.

El Castillo se rindió a los pocos días... para Íñigo, su sueño de héroe se derrumbaba y una nueva aventura comenzaba. ("Los primeros compañeros jesuitas, vieron siempre en esta fecha, el 20 de mayo de 1521, el verdadero nacimiento de su fundador.").

DE ÍÑIGO A IGNACIO: CONVALECENCIA

Con la ciudad en manos de los franceses, algunos, generosos con los vencidos, se ocuparon del herido. Los médicos intentaron ajustar sus fracturas y curarlo, mientras esperaban que se recuperase lo suficiente para poder ser transportado hasta Loyola, unos quince días más tarde.

Después, ya en su casa, empeoró y hubo que llamar a su cabecera varios médicos y cirujanos de muchas partes. Constatan que las fracturas no habían sido ajustadas correctamente o se habían deshecho durante el viaje, tan solo quedaba una solución, una nueva operación para volver a colocar los huesos en su sitio. Ignacio recordará que soportó una "verdadera carnicería".

Íñigo de Loyola 1521

A pesar de todo, su estado general no mejoraba y mostraba síntomas muy preocupantes y los médicos dudaban que superara la noche del 28 de junio de 1521 por lo que los amigos y familiares le aconsejaron que se confesara y recibiera los sacramentos. Era la víspera de San Pedro. Aquella noche mejoró. Ignacio en su relato atribuirá su cura a San Pedro.

Desgraciadamente, la operación no fue un total éxito, los huesos quedaron mal colocados formando una protuberancia por debajo de la rodilla y una pierna más larga que la otra y exigió que cortaran esa protuberancia a pesar de los atroces dolores que supondría otra operación, sin anestesia alguna. Además intentaron alargar la pierna a golpe de ungüentos y dolorosas extensiones que le martirizaron numerosos días pero a pesar de todo, le quedará para siempre una ligera cojera.

Aún recobrada la salud, Ignacio no era capaz de mantenerse en pie, sus largas horas de convalecencia duran ocho meses y tiene tiempo de reflexionar sobre su

pasado y dedica mucha atención hacia la lectura, por un lado interesado por las historias de romance de caballería y por otro las religiosas y de meditación: Vita Christi y Leyenda áurea (que recorre el año litúrgico en compañía de los santos, resaltando su vida heroica... El cambio de vida de Ignacio era palpable, le impactó la espectacular austeridad de los santos; al igual que ellos, deseaba andar descalzo, alimentarse de hierbas y practicar disciplinas y todo tipo de austeridades.

Convaleciente, ya capaz de ponerse en pie, sin salir de casa y enteramente embargado por las cosas de Dios, escribe en un cuaderno de 300 cuartillas donde va a ir copiando las palabras de Cristo con tinta roja y las que hacen referencia de la Virgen María en color azul, una actividad que le ocupará gran parte del tiempo, dedicando el resto a la oración... Pronto comenzaría a andar y disponerse a recorrer caminos como un "peregrino" tras la huellas de Jesús... Atrás quedaba ya Íñigo López de Oñaz. El futuro espera a Ignacio de Loyola. **PRE
GON**



Imagen antigua de la Vidriera de la Casa de Loyola representando la Caída herido de San Ignacio el 20 de mayo de 1521 en Pamplona



Este texto trae causa de la conferencia homónima pronunciada el 12 de mayo de 2021 en la iglesia de San Ignacio de Pamplona, dentro del Ciclo de Conferencias organizado por la Parroquia de San Nicolás y coordinado por su párroco, D. César Magaña Felipe, para conmemorar el V Centenario de la caída de San Ignacio en Pamplona (20 de mayo, 1521-2021).